

843
Z



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PQ2500
A1
U.1

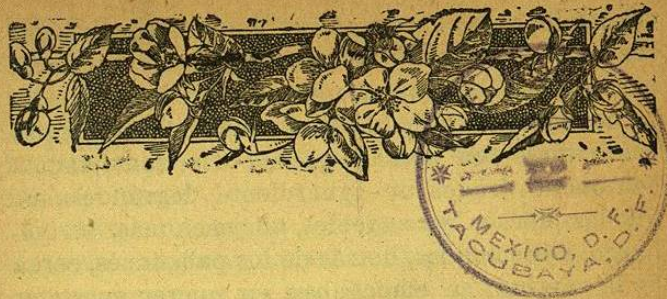
*Publicada por la Casa Editorial
Maucci, con autorización de EL
NERVIÓN, de Bilbao.*

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. E.

Imprenta de la Casa Editorial Maucci, Mallorca, 226 y 228

58808



La Débâcle

(EL DESASTRE)

PRIMERA PARTE

I

El campamento se había colocado á dos kilómetros de Mulhouse, hacia el Rhin, en medio de una llanura fértil. Al terminar aquel día del mes de Agosto, bajo un cielo plomizo que recorrián las nubes, las tiendas de campaña se alineaban por los campos de labranza y los pabellones formados por los fusiles relucían, se espaciaban por el frente de la línea, mientras que los centinelas con los fusiles cargados, vigilaban inmóviles con la vista fija en lontananza, en las nieblas violáceas del lejano horizonte que subían del río.

Se había llegado de Belfort á las cinco. Eran las

ocho y los soldados acababan entonces de recoger sus víveres. Pero la leña debía haberse extraviado, pues no se había podido repartir. No había medio de encender fuego y hacer el rancho. Fué preciso contentarse con mascar galleta fría, remojándola con buenos tragos de aguardiente, lográndose así que las piernas, ya endebles, aflojasen más. Sin embargo, dos soldados, detrás de los pabellones, cerca de la cantina, se empeñaban en querer encender unos trozos de leña verde que habían cortado con sus sables y que no querían arder. Una humareda negra y espesa flotaba en el aire de aquella tarde de una tristeza indefinible.

No había allí más que doce mil hombres, todo lo que el general Félix Douay conservaba del séptimo cuerpo de ejército. La primera división, reclamada la víspera, había salido para Frœschwiller; la tercera se encontraba todavía en Lyon, habiéndose decidido á abandonar Belfort con la segunda división, la artillería de reserva y una división de caballería incompleta. Se habían visto fuegos cerca de Lorrach. Un telegrama del subprefecto de Schelestadt decía que los prusianos iban hacia el Rhin por Markolsheim. El general, que se encontraba demasiado aislado á la extrema derecha de los otros cuerpos, sin comunicación con ellos, acababa de precipitar su movimiento hacia la frontera, con tanta más razón cuanto que la víspera se había recibido la noticia de la desastrosa sorpresa de Wissemburgo. A cada momento temía verse obligado á rechazar al enemigo ó ser llamado para apoyar al primer cuerpo. Ese día, ese sábado tempestuoso, el 6 de Agosto, debían haberse batido en algún sitio,

del lado del Frœchwiller, bien se presentía al ver el cielo triste por el cual pasaban grandes ráfagas de viento que destrozaban los nubarrones. La división llevaba dos días de marcha, creyendo encontrar siempre los prusianos en esa caminata desde Belfort á Mulhouse.

El día terminaba; la retreta salió de un rincón lejano del campamento, señalada por el redoble de los tambores y los toques de cornetas cuyos ecos se llevaba el aire. Juan Macquart, que estaba ocupado en el arreglo de su tienda de campaña, se puso de pie. Al primer anuncio de la guerra había abandonado su pueblo, Rognes, con la pesadumbre que le había producido el drama en que acababa de perder á su mujer Francisca y las tierras que le había llevado en dote; se había reenganchado á los treinta y nueve años, obteniendo inmediatamente los galones de cabo; con esta graduación se incorporó al 106º regimiento de línea, cuyos cuadros se completaban entonces. A veces le causaba extrañeza verse con el capote, él, que después de la batalla de Solferino, había abandonado el servicio, tan alegre por no tener que arrastrar sable y matar gente. ¿Pero qué iba á hacer? Cuando no se tiene oficio, ni mujer, ni bienes, y cuando el corazón está triste, es mucho mejor ir á estrellarse contra el enemigo. Recordaba su frase, ¡vive Dios! Cuando no se tiene valor para trabajar la tierra, hay que defenderla.

Juan, puesto en pie, lanzó una ojeada hacia el campamento que se conmovía al toque de la retreta. Algunos hombres corrían; otros, adormecidos ya, se levantaban, se desesperaban, desfallecidos,

disgustados. Él aguardaba con paciencia la lista, con esa tranquilidad y esa resignación que hacían de él un soldado excelente; sus compañeros decían que si hubiese tenido instrucción, hubiera podido subir mucho; pero él, que sólo sabía leer y escribir muy poco, no ambicionaba ni el grado de sargento.

Pero al ver el fuego de leña verde que seguía humeando, interpelló á los dos individuos Loubet y Lapoulle, diciéndoles:

—¡Dejad eso! nos estáis envenenando.

Loubet, escuálido, con cara risueña, replicó:

—Ya arde, os lo aseguro... sopla tú.

Y empujaba á Lapoulle, un coloso, que intentaba en vano encender el fuego, soplando, con los carrillos inflados, la cara congestionada, los ojos enrojecidos y llenos de lágrimas.

Otros dos soldados de la escuadra, Chouteau y Pache, el primero echado de espaldas como un holgazán que desea estar á sus anchas, el otro en cucullas, muy entretenido remendando sus pantalones, soltaron una carcajada al ver la horrible cara de aquel bruto de Lapoulle.

—Da la vuelta y sopla por el otro lado y lo harás mejor,—gritó Chouteau.

Juan los dejó reír. Acaso no volvería á presentarse á menudo ocasión de reír; él con su aire de buen mozo, con la cara llena y regular, no era melancólico; hacía como que no veía cuando sus soldados se entretenían.

Pero otro grupo llamó su atención; un soldado de su escuadra, que estaba hablando con un paisano hacía ya algún tiempo; era Mauricio Levasseur, que conversaba con un caballero rubio, de unos

treinta y seis años, de cara simpática, que iluminaban dos ojos azules, ojos de miope, por cuya causa se había visto obligado á renunciar á servir á la patria en el ejército. Un sargento de artillería de la reserva, de aire resuelto, con bigote negro, se había unido al grupo y los tres hablaban como si estuvieran en familia.

Para evitarles algún contratiempo, Juan creyó oportuno intervenir.

—Hará usted bien en marcharse, caballero. La retreta viene y si el teniente le viera...

Mauricio no le dejó acabar.

—Quédese usted, Weiss.

Y dirigiéndose al cabo díjole secamente:

—Este señor es mi cuñado. Tiene un permiso del coronel, á quien conoce.

¿En qué se entrometía ese aldeano cuyas manos oían á estiércol? Él, que había sido recibido abogado durante el otoño último, que había sentado plaza y con el apoyo del coronel había sido incorporado al 106º de línea sin pasar por los depósitos, se resignaba á llevar el morral, pero desde los primeros momentos sentía repugnancia invencible contra aquel cabo, sin instrucción, á quien tenía que obedecer.

—Bueno va,—replicó Juan con voz tranquila,—que los trinquen ¡poco me importa!

Después, volvió la espalda al grupo al notar que Mauricio no le engañaba, pues en aquel momento el coronel señor Vineuil, pasaba por allí, airoso, distinguido, con su larga cara amarilla cortada por espesos bigotes blancos y saludó á Weiss y al soldado, sonriéndose.

El coronel iba muy de prisa á una casería que se veía á la derecha, á unos doscientos ó trescientos metros, medio oculta entre ciruelos, donde se había alojado el estado mayor para pasar la noche. No se sabía si el comandante del séptimo cuerpo se encontraba allí con la desesperación del que acaba de perder á su hermano, muerto en Wissemburgo. Pero el general de brigada Bourgain-Desfeuilles, que tenía á sus órdenes al 106º, estaría allí seguramente, tan vocinglero como de costumbre, con sus piernas cortas que sostenían un cuerpo voluminoso, con su tez sonrosada de *bon vivant*, á quien su poco seso no molestaba mucho.

El movimiento alrededor de la casería iba en aumento; los ordenanzas de caballería salían y volvían á cada momento. Se aguardaban con febril impaciencia los telegramas dando cuenta de aquella batalla que todos presentían fatalmente desde el amanecer. ¿Dónde se había verificado y cuál había sido su resultado? A medida que la noche avanzaba, parecía que sobre la huerta, sobre las ruedas del molino, esparcidas alrededor de la cuadra, la ansiedad se hacía mayor, como si rondara por aquellos contornos sombríos. Decíase que se había detenido un espía y que había sido llevado á la casería para ser interrogado por el general. Tal vez el coronel Vineuil habría recibido algún telegrama y por eso iba tan deprisa hacia el sitio donde se albergaba el estado mayor.

Mauricio había vuelto á hablar con su cuñado Weiss y su primo Honorato Fouchard, el sargento. La retreta que venía de lejos, se dejó oír más próxima, pasó cerca de ellos, tocando y redoblando en

la paz melancólica del crepúsculo y parecía que no la habían oído. Nieto de un héroe del gran ejército de Napoleón I, el joven había nacido en el Chêne Populeux, de un padre alejado del camino de la gloria, reducido al modesto empleo de recaudador de contribuciones. Su madre, una aldeana, había muerto al darlos á luz á él y á su hermana gemela Enriqueta, la cual le había educado, y si se encontraba allí como voluntario, era á consecuencia de graves faltas, de una vida de crápula, de su temperamento débil y exaltado, por el dinero que había derrochado en el juego, con las faldas, en las necesidades de ese París devorador, á donde llegó para terminar el derecho, á expensas de la familia que se había impuesto grandes sacrificios para hacer de él un hombre, un caballero. El padre había muerto de disgustos; la hermana, después de haberse despojado de todo cuanto poseía, había tenido la buena suerte de encontrar un marido, ese honrado Weiss, un alsaciano de Mulhouse, empleado durante mucho tiempo en la refinería del Chêne Populeux, hoy contra maestre en casa del señor Delaherche, uno de los principales fabricantes de paños de Sedán. Mauricio creía haberse enmendado, con su carácter nervioso pronto á confiar en el bien, como propenso á los descorazonamientos del mal, generoso, entusiasta, pero sin fijeza alguna, sometido á todos los vaivenes del viento que pasa. Rubio, pequeño, con la frente muy desarrollada, nariz y barba delgada, la cara fina, tenía ojos grises, acariciadores, locuaces algunas veces.

Weiss había llegado á Mulhouse en vísperas de las primeras hostilidades, con el deseo de arreglar

asuntos de familia y si se había aprovechado para ver á su cuñado de su buena amistad con el coronel Vineuil, es porque este último era tío de la señora Delaherche, una linda viudita con la que se había casado un año antes el fabricante de paños y á quien Mauricio y Enriqueta habían conocido cuando era aun muy niña.

—Abraze usted á Enriqueta por mí,—decía el joven á su cuñado al separarse, pues adoraba á su hermana.—Dígala que puede estar contenta y que al fin quiero que se enorgullezca de mí.

Los ojos se le llenaban de lágrimas al recordar sus locuras. Su cuñado, conmovido, abrevió la despedida, y dirigiéndose al artillero Honorato Fouchard, le dijo:

—Cuando pase por Remilly, iré á decir al señor Fouchard que le he visto.

—¡Bueno!—replicó tranquilamente Honorato;—á mi padre le importará muy poco, pero vaya usted.

En aquel momento se produjo algún movimiento delante de la casería; vieron salir de allí libre, conducido por un oficial, al hombre que habían detenido por sospechas de que fuera un espía. Es probable que hubiese podido demostrar su inocencia, porque se le expulsaba solo del campamento. Desde tan lejos y en la penumbra del día se le distinguía apenas, enorme, cuadrado, con una cabeza rojiza.

Sin embargo, Mauricio lanzó un grito.

—Mira, Honorato... cualquiera diría que es el prusiano Goliath.

Este nombre hizo saltar al artillero. Miró con sus

ojos ardientes. Goliath Steinberg, el carnicero, el que le había hecho reñir con su padre, que le había robado el cariño de Silvina, toda la historia triste que tanto le había hecho padecer, volvía á su memoria. Quería correr, estrangularlo, pero Goliath estaba ya lejos, más allá de los pabellones de armas y su cuerpo se desvanecía entre las sombras de la noche.

—¡Ah! Goliath,—murmuró,—no es posible. Está allí con los otros... Si alguna vez le encuentro...— y de un gesto amenazador señaló el horizonte oscuro, todo aquel oriente violáceo que para él era Prusia. Hubo un momento de silencio y se oyó de nuevo la retreta, pero muy lejana, que se perdía al otro extremo del campamento.

—¡Caramba!—dijo Honorato,—me van á pescar, si no llego á la lista... ¡Buenas noches!

Y después de dar un apretón de manos á Weiss, se marchó hacia el montículo, donde se encontraba la reserva de la artillería, sin volver á hablar de su padre, ni de Silvina, cuyo nombre le quemaba los labios.

Pasaron algunos minutos y hacia la izquierda volvieron á sonar las cornetas, donde estaba la segunda brigada. Más cerca se oyó otro toque. Después un tercero muy lejos. Todos fueron sonando hasta que Gaude, el corneta de la compañía, tocó á su vez lanzando á todo vuelo notas agudas. Era un muchacho alto y flaco, sin pizca de barba, siempre callado, pero que tocaba su corneta con tanta fuerza como si soplara una tormenta.

Entonces el sargento Sapin, un hombrecillo enteco y de mirada vaga, comenzó á pasar lista. Su

voz delgada lanzaba los nombres, mientras que los soldados que se habían acercado contestaban en todos los tonos, desde el de violoncello hasta el de la flauta. Pero hubo una pausa.

—¡Lapouille!—repitió el sargento muy alto.

Nadie contestó y fué preciso que Juan echase á correr hacia el montón de leña que Lapouille, excitado por sus compañeros, se empeñaba en hacer arder. Ahora, tocando con el vientre la tierra, soplabá al montón de leña, del que salía una humareda espesa.

—¡Pero demonio! ¡suelta eso!—dijo Juan y contesta á la lista.

Lapouille, atontado, se levantó, pareció comprender y aulló: ¡presente! con una voz tan salvaje, que Loubet cayó de espaldas muerto de risa. Pache, que había acabado de remendar sus pantalones, contestó con voz apenas inteligible, como si murmurase algún rezo; Chouteau, desdeñosamente, sin levantarse, lanzó la palabra y volvió á estirarse más.

El teniente Rochas, de servicio aquella noche, aguardaba á alguna distancia. Cuando terminó de pasar la lista, el sargento Sapin fué á darle el parte: «Sin novedad»; pero el teniente refunfuñó y señalando con la cabeza á Weiss, que seguía hablando con Mauricio, dijo:

—¡Pues todavía hay uno de sobra! ¿qué hace aquí ese individuo?

—Tiene permiso del coronel, mi teniente,—creyó deber replicar Juan.

Rochas alzó furiosamente los hombros y sin decir palabra echó á andar á lo largo de las tiendas

de campaña, hasta que apagaron los fuegos; mientras que Juan, cansado por aquella terrible marcha, se sentaba á algunos pasos de Mauricio, cuyas palabras llegaban á sus oídos, sin escucharlas, preocupado él mismo como lo estaba, con reflexiones obscuras, apenas formuladas en el fondo de su espeso y lento cerebro.

Mauricio quería la guerra, la creía inevitable y aun necesaria para la existencia de los pueblos. Esto se imponía á su imaginación desde que las ideas evolutivas se habían apoderado de su cerebro, como se había apasionado toda aquella juventud ilustrada de la teoría de la evolución.

¡Pues qué! ¿no es la vida una guerra de cada segundo? La condición de la naturaleza humana, ¿no es un combate continuo? La victoria del más digno, la fuerza sostenida y renovada por la acción, la vida renaciendo siempre, siempre joven, de la muerte. Recordaba el gran arranque que había tenido, cuando para expiar sus faltas había querido sentar plaza, ser soldado, ir á batirse á la frontera. El mismo había dicho ocho días antes que aquella guerra era culpable é imbécil. Tal vez la Francia del plebiscito, al entregarse al emperador, no quería la guerra. Se discutía acerca de aquella candidatura de un príncipe alemán al trono de España; con la confusión que poco á poco se había ido apoderando de los espíritus, parecía que nadie tenía razón; tanto, que no se sabía de dónde había salido la provocación, y sólo quedaba en pie lo inevitable, la ley fatal, que á la hora señalada lanzaba á un pueblo contra otro. Pero un escalofrío había recorrido todo París; recordaba la noche tumultuosa, los bouleva-